

JESÚS

Un arquitecto olvidado: Teodoro de Anasagasti

AZPIROZ

La construcción de la arquitectura ha evolucionado de una manera vertiginosa en los últimos años. La técnica edificatoria del momento actual era impensable hasta hace bien poco. Edificios de transparencias inusitadas, de construcción basada en los materiales más eficaces y modernos, los más ligeros, como el acero, el vidrio o el titanio, conviven con edificios construidos con técnicas tradicionales profundamente arraigadas en la historia.

Hasta el inicio del siglo xx los métodos y materiales de la construcción eran muy similares a los que utilizaron los clásicos. Poco habían cambiado esas técnicas y materiales en más de dos mil años de construcción arquitectónica, si olvidamos la reducción de espesores de todos los elementos constructivos impulsada por el economicismo de la industrialización en el siglo de las luces.

La tecnología moderna proporciona a los arquitectos la posibilidad de desmaterializar la arquitectura en la búsqueda de ese mundo del espíritu, último objetivo del arte, de la forma pura y liberada. A través de la misma, oponiéndose al materialismo tradicional en la forma de construir, suministra el pretexto para un alejamiento, e incluso el rechazo, de las formas de la historia.

Así, la sociedad actual observa con desconcierto la angustiosa convivencia de la conservación de los valores de la historia con las nuevas arquitecturas desmaterializadas, de realidad cambiante y frágil, difícil de asimilar dada la vertiginosa velocidad con la que se suceden los cambios.

El surgimiento en los últimos años del siglo XIX del empleo de las estructuras porticadas de hormigón armado que, al reclamar para sí la totalidad de la función portante del edificio liberaban al muro de sus necesidades constructivas reales, abre unas posibilidades absolutamente nuevas e insospechadas a la organización de las plantas y al tratamiento de las fachadas, iniciando una auténtica revolución en la historia de la arquitectura.

En nuestro país, uno de los pioneros en la utilización del hormigón armado en obras de arquitectura fue **Teodoro de Anasagasti**, arquitecto y buen constructor que conoce y estudia este material desde su estancia en Roma y que en España estaba reservado para construcciones de ingeniería. Sus obras más conocidas, el Real Cinema, el Teatro Monumental, el Pavón, construidas con este material, dejan la estructura al descubierto, como Perret en el Teatro de los Campos Elíseos, mientras que en la solución de las fachadas, se plantea la gran duda de cuál será el lenguaje adecuado a este nuevo modo de construir, duda que, como veremos más adelante, le acompañará siempre.



ANASAGASTI
con sus alumnos en la obra del Monumental



Real Cinema, Madrid 1920.
(Col. Familia Anasagasti).



Carmen de la Fundación
Rodríguez Acosta.
Granada, 1916-1928.

Teodoro de Anasagasti y Algán nace en Bermeo, Vizcaya, en 1880 y se titula en Madrid en el año 1906. Premio de Roma en 1910, Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Madrid del mismo año, Medalla de Oro (junto con Otto Wagner) en la Exposición Internacional de Roma (1911), Catedrático de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, Académico de Bellas Artes, Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos, hábil dibujante y combativo polemista además de incansable viajero, fue el arquetipo del profesional inquieto, abierto a todas las corrientes renovadoras y luchador esforzado en causas perdidas como la de la reforma de las enseñanzas de Arquitectura.



Monumental Cinema, Madrid 1922.
Fachada.

Educado en el *Beaux-Arts*, su gran pasión por la arquitectura histórica lucha con la necesidad de ser un arquitecto de su tiempo, de operar con el bagaje de una herencia tradicional, pero con modos de hacer muy diferentes, que no permiten recrear las antiguas formas y modos de hacer.

Al año siguiente de finalizar los estudios (1906) Anasagasti será elegido Arquitecto Municipal de Bermeo, su villa natal. En Bermeo irá dejando sus primeras obras, si bien los tempranos honores recibidos, los prolongados viajes y el establecimiento definitivo de su residencia y despacho en Madrid, debilitarán aquella relación profesional —intensa en sus principios— con la tierra de origen.

Igual que ocurría años después con Fernando García Mercadal, la obtención del Premio de Roma y los viajes y permanencias en diversos

países, inherentes al mismo, dejarán una profunda huella en una personalidad como la de Anasagasti, de talante fundamentalmente abierto y libre. Durante los años de su pensión —que distribuye entre Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Austria y Alemania— Teodoro de Anasagasti se interesará por conocer las obras más destacadas de las vanguardias arquitectónicas, pero así mismo, por bucear en los planes de estudios de unos centros de enseñanza que a su juicio, eran capaces de proporcionar al alumnado una formación acorde con los nuevos tiempos.

En Francia, Auguste Perret había construido en 1903 su inmueble de la calle Franklin (el teatro de los Campos Elíseos está en plena construcción), y comienza a verse rodeado de jóvenes arquitectos disconformes con la enseñanza oficial beauxartiana, como Le Corbusier.

En Alemania se acaba de fundar la Deutscher Werkbund (1907), y su más influyente arquitecto, Peter Behrens, construye en Berlín la fábrica de turbinas A.E.G.

Berlage acaba de construir la Bolsa de Amsterdam en 1903 y de terminar en la misma ciudad el edificio de la Sociedad Nederlanden en estructura de hormigón armado.

Pero va a ser en Austria donde se verá más profundamente influido por la Viena de la «Sezesion» de Wagner, Olbrich y Hoffmann, que ya habían construido la biblioteca de la Universidad de Viena, el edificio de la Secesión y la casa de artistas de Darmstadt, y en Bruselas, el último estaba finalizando el palacio Stoclet.

Mientras tanto, España vive las consecuencias del desastre del 98, en el que se pierden los últimos jirones de lo que fue el gran imperio colonial español y provoca el aislamiento de España respecto a los movimientos



Carmen de la Fundación Rodríguez Acosta. Granada, 1916-1928.



Monumental Cinema.
Detalle
de la construcción
del anfiteatro en
hormigón armado.



Teatro Villamarta.
Jerez, 1926.

culturales europeos, situación que se prolongaría después de la Primera Guerra Mundial, desembocando en una reacción profundamente nacionalista (e incluso regionalista en casos como Cataluña) en todas las formas de expresión artística (en literatura, la generación del 98; en pintura, Zuloaga, Benedito, Sotomayor; en arquitectura, Aníbal González, Antonio Palacios, Leonardo Rucabado...).

En Madrid, el modernismo no ha calado, sí en Barcelona. Se prefiere aquí la arquitectura *nacionalista* o *historicista* abanderada por los mencionados González y Palacios además de Leonardo Rucabado. Ellos tres, junto con Anasagasti, serán los arquitectos más ilustres y brillantes de la primera generación madrileña del siglo XX, vitalmente imbuida ya de la reacción ante la decadencia española, consecuencia de la liquidación del Imperio de 1998 que dará lugar, como ya se ha dicho antes, a una reacción profundamente nacionalista en la que *lo español* tomará, entre otras muchas cosas, una importancia especial.

Aunque *lo español* será visto, en aquellos tiempos, como el conjunto de tradiciones arquitectónicas regionales y locales que configuraban una España entendida como suma y mosaico de diversas culturas históricas específicas, y en la que Cataluña había tomado ya una condición que,

aunque inevitablemente relacionada con las demás, se entendía como nacionalmente definida, distinta y propia.

Hay que comprender e interpretar a Anasagasti dentro de esta situación y de este ambiente, como un arquitecto claramente diferenciado del conjunto de su generación, sensibilizado ante la realidad, con un evidente sentido innovador manifestado, entre otras cosas, por el empleo de los nuevos materiales adaptados a las necesidades del momento y cuya vocación artística deberá ser parcialmente sacrificada y comprometida en el ejercicio de la profesión y de la propia vida. Pero fue debido a tales renunciaciones por lo que su obra, en sus aciertos y en sus fracasos, puede interesarnos aún hoy, pues son problemas que seguimos teniendo pendientes.

Así, Anasagasti planteará en su obra y escritos algunos compromisos que siguen siendo de actualidad hoy día: la angustia de conservar los valores de la historia con una construcción y unos usos que no permiten repetirla, el desafío que producen los nuevos sistemas constructivos y materiales, la adaptabilidad de los mismos, la gran dificultad que estriba en la definición del lenguaje arquitectónico que corresponde a esa adaptabilidad. Esto es, poder ser moderno, lógico, práctico, pero hacerlo en un modo arquitectónico que no dilapide la herencia tradicional, tan querida por él.

Sus obras más conocidas expresan dichas inquietudes. Entre ellas merecen especial atención las salas cinematográficas, nuevos edificios que todavía no tenían una tipología definida y permitían total libertad al proyectarlos. En el Pavón, en el Teatro de Jerez, o en el Monumental se plantea y resuelve una de las dudas básicas que su obra acomete, y en



Monumental Cinema.
Vista del bar bajo el anfiteatro segundo.



Monumental Cinema.
Prueba de carga de la delgada losa de la escalera.

la dificultad de dar la respuesta y en la imposibilidad de que ésta sea única, hay que entender la diversidad, hasta de calidad conseguida, que se produce. Se cuestionan dos cosas, por un lado el lenguaje adecuado a los nuevos usos y, por otro, el nuevo modo de construirlos, lo que acometió en sus obras de forma radical y relativamente temprana.

En el teatro-cine Pavón (1923) la construcción se produce con gran sencillez y en un modo que, debido al empleo de hormigón armado, era totalmente nuevo. Tanto en este cine, como en el Monumental o en Jerez, está presente la libertad de la envolvente, con la tragedia que supone en cuanto a la arquitectura perdida; el tener que entender el cierre, obligadamente, casi como pura máscara, como composición, y el poder



Teatro-Cine Pavón,
Madrid 1923.

hacerlo sin dotarlo de grandes materiales y dispendios, pero sí con una serie bien diversa de recursos arquitectónicos, acercan ahora su caso, como en tantos otros de su arquitectura, a problemas actuales.

El teatro Villamarta de Jerez de la Frontera (1926) supone otro interesante ejercicio de dualidad entre el lenguaje adecuado y los nuevos modos de construir. Este edificio, junto con el Pavón, supone un voluntario emparentamiento con la arquitectura secesionista vienesa, con un lenguaje, en ambos edificios, con claras citas a dicho movimiento liderado por los arquitectos Wagner, Olbrich y Hoffman.

Pero quizá, otra de las características de estas construcciones será ese apasionado romanticismo novecentista del que están impregnadas, mezcla de naturalismo y clasicismo un tanto antiacadémica, que tiene su origen en los proyectos llamados *fantásticos* de su época de pensionado en Roma.



Teatro Villamarta.
Jerez, 1926.

En el Real Cinema (1920) se comienza a plasmar su mundo formal más propio, apuntado ya en el proyecto de Cementerio Ideal realizado en 1910 y que tendrá su culminación en el más conocido de sus proyectos, el Carmen de la Fundación Rodríguez Acosta en Granada (proyecto de 1921, acabado en el 1928), ubicado en la misma ladera de La Alhambra, en la que evidentemente se inspira.



Proyecto de Cementerio Ideal —1910—. (Col. Familia Anasagasti)

Son estos proyectos fantásticos en los que más desarrollará Anasagasti su vocación artística. Con ellos concurre a diversas exposiciones nacionales e internacionales, obteniendo éxitos desde muy temprano y aprovechándolos para dar rienda suelta a sus preocupaciones arquitectónicas. Son principalmente acuarelas en las que muestra una excepcional destreza y confirman la importancia de la formación completa del arquitecto según el ideal renacentista.



Otra vista del proyecto de Cementerio Ideal —1910—. (Col. Familia Anasagasti)

El análisis de estos dibujos, la Ciudad del Silencio (1909), el Cementerio Ideal (1910), que le vale la medalla de oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes, y algunos monumentos para concursos, además del interesante proyecto de la Villa del César, nos servirá para aclarar la controvertida autoría del proyecto definitivo de la Fundación Rodríguez Acosta que finalmente se construirá.



Proyecto de
Villa del César,
1912.
(Col. Familia
Anasagasti)

En él se desarrollarán muchos de los temas que obsesionan a Anasagasti, la verticalidad del conjunto plasmada en las torres, remates, el uso de columnas y arcos, demuestran a las claras hasta qué punto esta obra es deudora de los ideales arquitectónicos que motivaron a Anasagasti desde sus inicios, de su propio mundo formal. No cabe duda, sin embargo, de la aportación que el propio Rodríguez Acosta hizo a esta obra, lo que resulta lógico debido a su condición de artista y diletante, como está probado.

Otras inquietudes e influencias de Anasagasti se manifestarán en distintos edificios de su personalísima trayectoria profesional. Entre ellas cabe citar el ejercicio *españolista* de la Casa de Correos de Málaga (1916-25), el historicismo de la iglesia anglicana de San Jorge en Madrid (1926), el eclecticismo del Cine Monumental (1922) o el ejercicio absolutamente moderno del cine Madrid-París (1934), construido en el edificio de la Gran Vía madrileña que había realizado anteriormente con su suegro López Sallaberry y que él mismo reformaría en 1933.

Hay que señalar también la importancia de sus viviendas, sobre todo las denominadas «casas baratas» o «barriadas obreras» surgidas al amparo de la incipiente legislación obrerista que vio la luz durante los últimos gabinetes ministeriales previos a la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera, que tenía por objeto potenciar la creación de cooperativas obreras cuyo fin era la construcción de viviendas con destino a las clases económicamente más débiles.

Casa de Correos de Málaga (1916-1925).
(Col. Familia Anasagasti)



Su trabajo de pensionado fue justamente un estudio de «Viviendas para Obreros», que más tarde usaría en proyectos como los poblados de casas obreras en Mieres y en el barrio lapice de Irún.

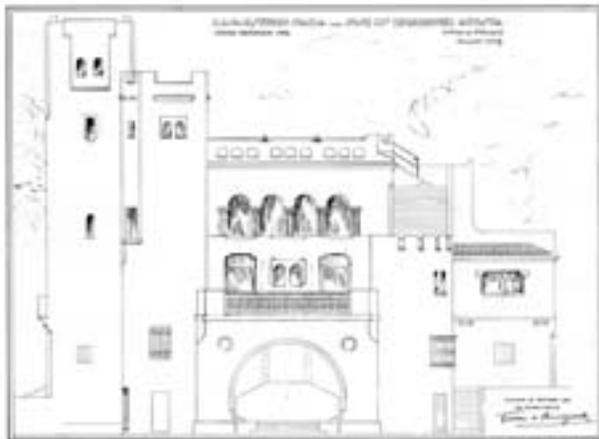
Pero Anasagasti no fue solamente un técnico, un arquitecto constructor, sino que tuvo una visión profunda y global de su profesión. Fundador de la revista «Anta» (1932), sus numerosos artículos, publicados también en otras revistas importantes de la época como «La Construcción Moderna» o «Arquitectura», muestran su talante polémico e ideario sobre la arquitectura y el tiempo que le tocó vivir.

Como Catedrático de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, Anasagasti demuestra una gran preocupación por la formación de los futuros profesionales. La mejora del aprendizaje es uno de los objetivos a los que dedica todos sus esfuerzos, lo que quedaría reflejado en su libro «La Enseñanza de la Arquitectura» (Editorial Ribadeneira, 1923).

En esta obra, Anasagasti resume las experiencias y conocimientos obtenidos durante los años de estudio en Europa, reflejando al mismo tiempo sus propias ideas y las teorías elaboradas posteriormente sobre el particular, en las que se muestra verdaderamente innovador.

Pretenderá una transformación drástica de los programas de enseñanza, eliminando materias y procedimientos anacrónicos mantenidos sólo como consecuencia de apatías y rutinas, algo que logrará en parte cuando en 1925 logra cambiar el Plan de estudios vigente, que recogería muchas de las sugerencias que en el libro se hacían.

Teodoro de Anasagasti, uno de los arquitectos españoles más atrayentes e interesantes de su generación, fallecido en Madrid en 1938, ha sido uno de los grandes olvidados de nuestra historia arquitectónica reciente. Su vida y su obra —aún queda pendiente de realizar un estudio que profundice convenientemente sobre las mismas— construida o solamente proyectada, nos hablan de problemas que siguen siendo planteados en parecidos términos hoy día, como es por ejemplo, la dualidad entre el bagaje que supone la herencia histórica y los nuevos modos de construcción que se comentaba al comienzo de este artículo.



Carmen de la Fundación Rodríguez Acosta.
Propuesta de Anasagasti para la fachada Sur
(1921).



Carmen de la Fundación Rodríguez Acosta.
Propuesta de Anasagasti para la fachada
Norte (1921).